

Intimidad de Martí: su hogar⁵⁹

Manuel Álvarez Morales

*Corazón que lleva rota
el ancla fiel del hogar,
va como barca perdida,
que no sabe a dónde va.*

José Martí

Sabemos de la excesiva ambición de nuestro tema, pero vamos a limitarlo en seguida a unos pocos aspectos de la vida de Martí, centrados en su hogar y sacados casi todos de su correspondencia, tan rica y cuajada, tan llena del Martí íntimo que iremos perfilando. Ni en la niñez ni en la adolescencia nos detendremos, no es que no haya tema, pues todavía no ha cumplido los 18 años cuando sale al destierro y ya le confiesa a su maestro y amigo: “Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir”.⁶⁰ No me referiré a su estancia en España, tan útil; ni a su llegada a México, aureolado de revolucionario y de escritor novel; ni a sus trabajos por abrirse camino. No contaré tampoco sus amoríos con Rosario de la Peña a quién confiesa en una carta: “Yo no soy más que una perenne angustia de mí mismo”.⁶¹ Vamos a partir de su noviazgo con Carmen Zayas Bazán, allá en México, cuando todavía no ha cumplido los 24 años. Enorme va a ser la huella que Carmen deje en su vida para siempre.

Partiendo del epistolario a Manuel Mercado, su amigo entrañable, nos encontraremos notas y notas sobre la que fue para él su Carmen. Una vez promete estructurarse su vida al lado de ella:

También yo me prometo hacer en mi vida algunos bienes; siento mi obra, y me juzgo capaz de ella; en ninguna

⁵⁹ Conferencia pronunciada el 13 de mayo de 1953.

⁶⁰ José Martí: *Epistolario de José Martí*, arreglado cronológicamente con introducción y notas de Félix Lizaso. Cultural, S. A., La Habana, 1930-1931, t. 1, p. 7.

⁶¹ *Ibidem*, p. 19.

lisonja creo, ni concibo una idea estrecha; todo premio humano me parece mezquino, y si muchos me halagan, ninguno me seduce, ni hay ninguno mayor que el merecer la estimación de mí mismo. Carmen no me querría si yo fuera impaciente o ambicioso: ella y yo confiamos en que el tiempo de la obra ha de venir. En tanto, la mereceré calladamente.⁶²

Es imposible dudar de su enamoramiento, es más, Carmen será desde este instante imprescindible para su “vida de alma”. A Mercado le expresa: “la presencia de Carmen me es indispensable”,⁶³ pero desde el comienzo le asalta la duda:

Ejerce ella en mi espíritu una suave influencia fortificante, a tal punto que creo ahora que bien pudiera por encima de la misma nostalgia de la patria, la nostalgia del amor. No es pasión frenética, a menos que en la calma haya frenesí; pero es como atadura y vertimiento de todo espíritu en mi espíritu. ¿Debo correr aventuras que repugno? ¿Podré yo tener todo el aliento que necesito lejos de aquella para quien lo quiero? ¿Me es lícito imponerme a mí mismo un sacrificio torturador e innecesario? ¿Para qué, sino para ser oídos, hay en mí estos poderosos clamores de mi alma? Estas ideas peso y agito, sin que por ninguna de ellas me decida. Por fortuna, en mí el cumplimiento del deber ni aun es meritorio, porque es hábito: sé que al cabo he de decidirme por lo que la más escrupulosa conciencia deba hacer.⁶⁴

Vemos ya en este párrafo la pugna entre amor y deber, lo sabemos enteramente enamorado, pero aun en este instante se anuncia el triunfo del deber, como en realidad sucedería. En las cartas a Mercado se regodea hablándole de su amor, se le sabe satisfecho y optimista:

Tengo especial gusto de hablar a Ud. dilatadamente, con cariñosa expansión que ni con mi misma madre, con

⁶² José Martí: “Cartas a Mercado”, en *Obras Completas*, Editorial Trópico, La Habana, 1946-1947, t. 68, p. 14.

⁶³ *Ibíd.*, p. 17.

⁶⁴ *Ídem.*

quien mi amor sufre hablando de esto, tengo, —de estas íntimas cosas que son descargo de mi alma y justificación de mi conducta, de la que todavía me hago reproches, porque pienso que mi deber no estaba bien cumplido, sino muriendo a sus ojos de impotencia, de acabamiento y de dolor—. Un espíritu celeste, el de mi amorosa criatura, me ha dado brío secreto para quebrantar en bien de todas éstas, para nadie útiles, ligaduras: ¿qué habrá erróneo que nazca en su espíritu altísimo y perfecto?⁶⁵

Indudablemente Martí se enfrenta al amor lleno de entusiasmo, todo le parece júbilo y lo que más ansia será, desde luego, su unión con Carmen “cuyo poder suave en mi alma no he conocido bien hasta que no he arrancado —que no alejado— mis ojos de ella”.⁶⁶ Martí está de regreso en La Habana, de incógnito, por cortísimo tiempo y preparando su viaje a Guatemala. Pero ahora tiene la seguridad de que ama a Carmen “entrañablemente” y le molesta la separación: “¡Como si pudiera serme agradable, ni soportable siquiera ver a mi Carmen, y no verla mía!”.⁶⁷ Por este tiempo es también cuando siente la que cree indestructible ligazón y cuando se refiere a su “absoluta certeza de que mi vida está entrañada en la de Carmen”⁶⁸ y con esta, su segura confianza, parte Martí a Guatemala a abrirse su vida: “Hago lo que debo, y amo a una mujer; luego soy fuerte”.⁶⁹ Aquí el equilibrio es absoluto, amor, deber, todo a un tiempo. Él, fuerte, satisfecho; la balanza, por una vez, estable.

Carmen se le irá convirtiendo en creencia, hasta ahí llega su grado de confianza:

Crear sin fe, es una grave desventura; y otra mayor amar sin creer. Creo a mi Carmen absolutamente. La creo capaz

⁶⁵ *Ibídem*, p. 19.

⁶⁶ *Ibídem*, p. 23.

⁶⁷ *Ídem*.

⁶⁸ *Ibídem*, p. 25.

⁶⁹ *Ibídem*, p. 27.

de error, pero de errores muy pequeños; no de desamor que yo no tenga merecido.⁷⁰

Y terminando el mismo párrafo exclama: “Ese amor me guía, y de él cuido escrupulosamente”.⁷¹ Se siente su anhelo de lograr su amor, de que este amor sea columna de apoyo, almohada, como dirá una vez. ¡Cuánta esperanza pone! Estamos en presencia de lo que él califica de “contento íntimo”,⁷² cuando todos sus planes son de felicidad: “yo iré honrando mi nombre, y ella vivirá a mi lado: suyos son esta obra y nacimiento. Ud. lo sabía un poco, pero aun no lo sabía bien: yo me moría. Soy de la que me salva, y la venero”.⁷³ Esto lo escribe ya desde Guatemala. Su amor se ha agrandado y embellecido con la separación. Ahora es ansiosa su espera. La creencia se ha tornado en veneración, en adoración: “¡Cómo si pudiera apartar yo voluntad, adoración y pensamiento de mi Carmen! La llevo conmigo, y delante de mí; me digo a todos obligado a ella; y cuando hablan de mí, de ella se habla. Todos lo saben”.⁷⁴ El amor es ahora total, cerebro y corazón, verdadero orgullo. Hay en Martí en este momento confianza total, certeza de éxito. Le teme un tanto a su deber —que es su patria—, pero se encargará él mismo de disipar toda duda:

¿Qué deber ha de estorbarme mi Carmen, ella que vive de mi misma clase de pasiones?⁷⁵

No tiene pudor en ocultar intimidades, porque anda ansioso y lleno de amor: “A Carmen ha de hacer Ud. reclamo: desde que envié el primer beso a mi corazón lo tiene perturbado y estremecido”,⁷⁶ y lo único que desea es “verter mi sobra de amor”⁷⁷ y “hacer gran hogar de alma a la mártir voluntaria que viene a vivir a él”.⁷⁸ Muy feliz es su expresión de “gran hogar de alma”

⁷⁰ Ídem.

⁷¹ Ídem.

⁷² *Ibíd.*, p. 31.

⁷³ Ídem.

⁷⁴ Ídem.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 32.

⁷⁶ *Ibíd.*, p. 34.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 36.

⁷⁸ Ídem.

aquí piensa entregarse entero y sin reservas, por eso, convencido do refiere a Mercado:

Casándome con una mujer, haría una locura. Casándome con Carmen, aseguro nuestra más querida paz —lo que a menudo no se entiende—, la de nuestras pasiones espirituales. Afortunadamente, viviré poco, tendré pocos hijos: no la haré sufrir.⁷⁹

Sin gran agudeza se puede palpar su entrega total, su generosidad, su predestinación y la promesa fallida en cuanto a no hacerla sufrir, pero debemos recordar que hace unos instantes la ha llamado mártir. Es tal su soledad y su ansia de Carmen, que poco antes de su matrimonio le dice a Mercado:

Si no la trajera a mi lado textualmente, moriría. Esta pasión tiene de indomable que es justa. Se mide por la que la inspira y el que la siente.⁸⁰

Califica a Carmen de “cosa extraordinaria”.⁸¹ Le preocupa todavía su suerte, pero está seguro de su triunfo, porque sin Carmen, “¿para qué quiero yo vencer?”.⁸² Para él su ventura es su boda y tiene la seguridad del presente: “Qué seré, lo sabré luego: lo que yo sé ahora es que la tengo”.⁸³

La pasión de Martí por Carmen —recuérdese que escribe desde Guatemala y que estos son hechos parejos al episodio de María Granados—, la resume en este párrafo en entusiasmo: “¡Si me abrieran el pecho! ¡Debo tener ahora hermoso el corazón! Nada sé decir, ni hacer; más que besar el aire y abrazarlo”.⁸⁴

Y luego digan que no había amor, y sí promesa dada y mil tonterías más, como si a un poeta no le fuera dado variar la realidad y transformar motivos. Podemos asegurar que este estado de exaltación, jamás sentido, no lo volverá a lograr. Habrá, sí, una alegría sin límites cuando pise Cuba por última vez, cuando

⁷⁹ *Ibídem*, p. 39.

⁸⁰ *Ibídem*, p. 40.

⁸¹ *Ídem*.

⁸² *Ibídem*, p. 42.

⁸³ *Ibídem*, p. 43.

⁸⁴ *Ibídem*, p. 44.

llegue “su hora”, pero esta era diferente, de obra cumplida, de momento final.

A su suegro futuro le dirá en una carta: “Me da Ud. mi mayor riqueza, y mejor gloria; me da Ud. a mi Carmen de mi vida. Merecida la tengo con mi alma...”,⁸⁵ y le confiesa:

Yo, que a Carmen debo la resurrección de mis fuerzas y mi sacudimiento de tan injustas trabas y tan mortales agonías, a Carmen me consagro ahora por completo: sé lo que quieren las realidades de la vida, y el respeto que debo a su ventura.⁸⁶

El 20 de diciembre de 1877 se casan en la ciudad de México. Todo Martí es felicidad. Cortísima será su estancia allí, pues la pareja tiene que regresar a Guatemala. Todo en el matrimonio es ahora amor, nada les hace augurar las complicaciones de índole económica que surgirán casi en seguida en el hogar recién formado. La complicación les viene por la renuncia de Martí a todos los cargos que tenía porque no quiere hacerse cómplice de la injusticia cometida con José María Izaguirre. No oye razones. No piensa en sus únicas entradas, ni en las deudas que tiene, ni en su felicidad que puede resentirse, es problema de dignidad y actúa como esta se lo manda. Planean abandonar Guatemala y su regreso a Cuba. A Mercado, su confidente, le narrará la odisea del viaje. Con qué admiración se refiere a su Carmen: “esta noche se propone ella bravamente llegar hasta Iguala”.⁸⁷ Con entusiasmo bohemio, preocupado, pero sin tristeza, cuenta sus aventuras:

Aquí estamos, Carmen con aureola, yo con amor y penas. Me oprime el corazón su nobilísima tranquilidad. Cada uno de sus días vale uno de mis años. Esta luna de miel, errantes, vagabundos, era conveniente a nuestras bodas: peregrinos dentro de la gran peregrinación. Duerme entre salvajes y bajo el cielo, azotado por los vientos, alumbrada por antorchas fúnebres de

⁸⁵ *Ibidem*, t. 69, p. 127.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 128.

⁸⁷ *Ibidem*, t. 68, p. 46.

ocote: ¡y me sonrío! —Ya no hablaré de valor romano. Diré: valor de Carmen.⁸⁸

Y para los que todavía se atreven a dudar de su grande felicidad con Carmen, aquí van estos párrafos en que recuenta la jornada fatigosa:

Del camino ¿qué le diré que no imagine? Cuando fui, las alas que llevaba me cubrían los ojos: ahora, que con mis alas tenía que protegerla, he visto todas las cruelísimas peripecias, rudas noches, eminentes cerros, caudalosos ríos que con razón sobrada esquivan los viajeros. Carmen, extraordinaria; yo, feliz y triste; ¡felicísimo! Por el largo trecho, traspuesto del 26 al 5, con tres días intermediarios de descanso, cuadrillas de ladrones, felizmente ahuyentadas por la escolta.⁸⁹

Claro que Martí no es un temperamento alegre y la felicidad parece que no se hizo para él, quizás algún presentimiento lo turbaba cuando inicia bellísimamente una de sus cartas: “Hoy estoy tranquilo, gracias a mi Carmen: no sé si mañana estaré triste, gracias a la vida”.⁹⁰ Este mañana es ya presente, no sabe cómo podrá resolver su problema económico, se encuentra en una “situación angustiosa”, y sumado a todo, tiene la tirantez de su casa —padres y hermanas—, que no le perdonan a Pepe el olvido en que los tiene:

La verdad es que la fortuna, al echarme a la mar, puso a mi pobre barco velas negras. Este carácter mío es un fiero enemigo; pero aunque para el diario me traiga penas, yo quiero más vivir después que vivir ahora. Carmen me perdona. En mi casa no me han querido perdonar.⁹¹

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 47.

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 49.

⁹⁰ *Ibíd.*, p. 51.

⁹¹ *Ibíd.*, pp. 53-54.

Se refiere a su esposa como la “inimitable Carmen”⁹² y no solo la admira enormemente, sino que tiene que compartir estos sentimientos con Mercado:

Veo a mi Carmen amante y serena, enfrente de problemas graves, que no tienen muy fácil solución. Me consuela, y con su tranquilidad, me alienta. Aunque tuviera que huir a pie por los bosques, ella me acompañaría. Y no lloraría.⁹³

Su preocupación mayor, ahora sin trabajo, no será él, sino Carmen: “¡Pobre Carmen! A costa suya me han enseñado una gran verdad. Con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos”.⁹⁴ O con mayor angustia: “Mirando a mi pobre Carmen, se me llenan de lágrimas los ojos, y contengo difícilmente mi amargura”,⁹⁵ y de nuevo vuelve a exclamar con desesperada impotencia: “¡pobre criatura!”⁹⁶ y en su sufrimiento se acuerda también de su casa:

Ahora no pensaré mal de mí mi madre. Ellos me creían ya un hijo egoísta, olvidado de todos mis deberes. No basta una clara vida. Indudablemente, ellos no saben lo que es vivir manando sangre.⁹⁷

En la despedida de esta carta insiste sobre su esposa en frases repletas de emoción y cariño:

Aquí le digo adiós, no sin decirle que aumentan mi amor y mi tristeza las tiernas solicitudes de mi Carmen. Las penas sólo lo son para ella en cuanto yo las sufro. Y ¡pensar, como temo, que me iré de la vida sin poderle premiar tantos dolores!⁹⁸

⁹² *Ibíd.*, p. 58.

⁹³ *Ibíd.*, pp. 58-59.

⁹⁴ *Ibíd.*, p. 61.

⁹⁵ *Ibíd.*, p. 63.

⁹⁶ *Ídem.*

⁹⁷ *Ibíd.*, p. 64.

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 65.

Se han separado. Carmen lo ha tenido que dejar, de acuerdo ambos, para hacerle la vida más llevadera. A Mercado escribirá esta queja:

Carmen no me ha escrito en estas dos últimas semanas. En mis entrañas vive, y creo en su alteza. La he visto siempre excelsa y abnegada; pero, preparado a todo mal, no me sorprendería su mismo olvido. No sé yo cómo es mi cerebro que elabora en un átomo un mundo. Fuerza es no oírme, cuando me doy a prepararme desventuras.⁹⁹

Como contraste hará resaltar que el año anterior estuvo “lleno de Carmen, y de fe en mí y los demás, y de amor a la resolución de tanto problema esencial que en estas infelices tierras asoma”.¹⁰⁰ Y será tal su confusión, su soledad y su sufrimiento, que escribe: “transido de dolor, apenas sé lo que me digo”.¹⁰¹ Para colmo las noticias de su patria lo acosan y le obseden. En julio de 1878 escribe esto que es certeza de juicio y de pronóstico: ¿He de decir a Ud. cuánto propósito soberbio, cuánto potente arranque hierve en mi alma? ¿qué llevo mi infeliz pueblo en mi cabeza, y que me parece que de un soplo mío dependerá en un día su libertad?”.¹⁰²

Se entera Martí de la terminación de la guerra y acongojado escribe: “Ya yo no tengo patria, hasta que la conquiste”.¹⁰³ Lo afecta tanto la noticia fatal que, por vez primera, hace referencia a su libertad necesaria, refiriéndose a su vida íntima, es decir, ahora se siente atado por todo, mucho más porque Carmen está en la espera de un hijo:

Y no es locura, no. Libre y sin hijo, yo hubiera ahora hecho hablar de mí. Y de un modo que me hubiera dejado contento.¹⁰⁴

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 67.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, p. 69.

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 70.

¹⁰² *Ídem.*

¹⁰³ *Ibíd.*, pp. 70-71.

¹⁰⁴ *Ibíd.*, p. 72.

Le preocupa mucho, una vez terminado su primero y más feliz paréntesis amoroso, que se vaya a morir sin haber podido realizar la obra que se ha trazado desde viejo: “Tal vez muera yo como he vivido, oscura e inútilmente”.¹⁰⁵

Y de nuevo, y continuamente, las referencias a Carmen, siempre con toda dulzura, con todo cariño: “mi delicada y amorosa Carmen...”.¹⁰⁶ De este tiempo se conserva una carta de la esposa en que se confirma el estado de ánimo de Martí: “Pepe sufre mucho ahora”, dice, pero ella confía en hacerle olvidar un poco ese “dolor de patria que tan grave es en las almas como la suya”.¹⁰⁷ Indiscutiblemente es muy grande ahora la compenetración y el cariño de los esposos en desgracia, aunque a Martí le acucie además el “terrible martirio, éste de ver necesaria una gran obra, sentirse con fuerzas para llevarla a cabo, y no poder llevarla!”.¹⁰⁸

Se consuela un tanto con el amor, porque él, “más que de aire, vive de afectos”.¹⁰⁹ La quiere tanto que anota: “si no fuera mi alma esposa, sería mi alma gemela”.¹¹⁰ Así, apesadumbrado por los golpes, con la dignidad lastimada, pero salvada, regresa Martí con Carmen a la Habana. Ejerce su profesión de abogado —que le disgusta sobremanera—, en los bufetes de sus amigos Nicolás Azcárate y Miguel Viondi. Respira toda la atmósfera de la paz forzada. Pepe no anda contento, además, tampoco tiene su situación resuelta y Carmen, entre tanto, parece muy dispuesta y hasta contenta de poder rehacer su vida en Cuba, sin importarle mucho ni la política ni otras cosas.

El 12 de noviembre les nace el único hijo del matrimonio. Nueva alegría para Martí, nuevo estímulo para la lucha, nueva responsabilidad y preocupación para el patriota. Deja notas sobre lo desagradable de su trabajo, sobre el ambiente que le aho-

¹⁰⁵ *Ibíd.*, p. 73.

¹⁰⁶ *Ibíd.*, p. 74.

¹⁰⁷ *Ibíd.*, p. 75.

¹⁰⁸ *Ibíd.*, p. 76.

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p. 78.

¹¹⁰ *Ídem.*

ga y a Mercado escribe: “yo, ni esperanza tengo” y en seguida añade desconsolado:

Cuanto predije, está cumplido. Cuantas desdichas esperé, tantas me afligen. Primera debilidad, y error grave de mi vida: la vuelta a Cuba. Hoy, mi pobre Carmen, que tanto lloró por volver, se lamenta de haber llorado tanto. Nadie quiere convencerse de que prever es ver antes que los demás. Todo me lo compensan mi mujer heroica y mi lindísimo hijo bastante bello y bastante precoz —¡mi nube humana de dos meses!— para consolar todas mis penas. Pero aquí me veo, sin alegría para el espíritu, queda la pluma y aherrojados los labios, arrastrando difícilmente una vida que se me hace cada día más trabajosa. Yo no he nacido para vivir en estas tierras. Me hace falta el aire del alma.¹¹¹

En La Habana, “el destierro en la patria”,¹¹² se empieza a dar a conocer y muy pronto se hará notar. Es el orador de los discursos sobre Alfredo Torroella y el del brindis famosísimo de la copa quebrada. Ante el propio general Blanco dirá audaces palabras y es calificado por este de “loco peligroso”. Estudia el teatro de Echegaray y, sobre todo, conspira, organiza y observa. Parece que anda en tiempo acelerado y, por lo mismo, el 25 de septiembre de 1879 sale nuevamente deportado a España en su segundo destierro. Tiene ahora 26 años.

Ha sacrificado Martí su felicidad de hogar —con estrecheces y opiniones encontradas a ratos—, pero como nunca en amor. Pocos meses antes había escrito a Mercado: “Vivimos los tres en entrañable unión. Nada más que nosotros, y algún noble bogar de amigos, nos parece verdad en la tierra”.¹¹³

Sufrimientos, claro que ha tenido desde su salida de México. Cuenta a Mercado y resume: “Desde que dejé de verles, no ha habido día que no haya sido para mi señalado por un recio combate interior: ¿a qué contárselos?”¹¹⁴

¹¹¹ *Ibídem*, pp. 79-80.

¹¹² *Ibídem*, p. 80.

¹¹³ *Ibídem*, p. 81.

¹¹⁴ *Ibídem*, p. 83.

Y desde Madrid le escribirá a su amigo Miguel Viondi:

[...] la gloria real, a los ojos del juez interior, que es el que más importa y más aflige, está en sacrificar con gran amargura silenciosa, —suavizada por la alegría que causa el deber cumplido— la obligación que place a aquella que impide cumplirla activamente. Fuera cobarde, buscar para los hombros un gran peso, y en el momento de la lucha, echarlo sobre los hombros de otro.¹¹⁵

¡Qué bien plantea la disyuntiva que tiene ante sí! Parece ser que mucho debe haber discutido sobre deberes y quehaceres el matrimonio, pero Martí trazó su línea, inquebrantable, la del deber patriótico, la del deber más útil por encima de todo. Asistimos aquí al momento decisivo en su vida, a lo que Mañach calificara con certeza del sacrificio de su intimidad. Porque “la obligación que place”, a que se refiere Martí, es la risueña y agradable del hogar y la familia, es su mujer amada y el hijo idolatrado. Y el otro deber, “la gloria real”, es su lucha, su agonía por su patria, su único sueño, su Cuba. Apuntado aparece ya singularmente, desde el Madrid lejano, lo que será el eje de su íntima tragedia, el mismo que hará girar nuestro trabajo: el hogar que le reclama, de un lado —cariño, ternura, amor—; y la patria que lo necesita —abnegación y sacrificio—, del otro. Entre las dos urgencias Martí se dará a la de excepción, para la que se siente vocado, para la que se cree más útil. Titánica será su labor y él solo hará girar a su pueblo, a su Cuba.

En España le comienzan los achaques de su feble cuerpo. Enfermo y solitario, con la doble soledad, la de la no compañía y la más íntima de andar incomprendido. Tan poca acogida tiene, tan desolado está, tan lejano se siente, que España se le hace insufrible: “es cosa de huir de sí mismo ésta de no tener ni suelo propio en que vivir, ni cabeza de hijo que besar”,¹¹⁶ le dice a Viondi, y se tortura pensando en aquellos que “con mi alma viven”.¹¹⁷ Poquísimos tiempo estará en España. Brevísimos en Francia y, al

¹¹⁵ José Martí: *Epistolario*, t. 1, p. 49.

¹¹⁶ *Ibidem*, p. 45.

¹¹⁷ *Ídem*.

fin, atraviesa el océano y arriba a New York. Estamos en enero de 1880. El desterrado tendrá una nueva meta.

La impresión de la gran ciudad no le es nunca sobreco-
gedora, al contrario, le parece agradable y la mira embellecida
“en un invierno que parece primavera”. Pero el tiempo físico no
coincidirá con el anímico. Por correspondencia han comenzado
los disgustos con Carmen, quien le echa en cara una serie de
cosas. Ni el conspirador, ni el revolucionario, ni el soñador le
hicieron nunca gracia, ahora el desterrado, menos, porque está
en medio el hijo pequeñísimo y esto también se lo hace ver, así
como le recuerda deberes más urgentes. Martí se siente herido
en lo más hondo. A Viondi confiesa el agravio, “con el corazón
muy bien —y muy en lo hondo herido: ¡por la mano más blanca
que he calentado con la mía!”.¹¹⁸ En seguida, en la misma carta,
trata de restarle importancia a lo ya expuesto: “¡Ea! Serán nubes
de enero, que pasan con febrero”.¹¹⁹ Y cuando todo hace parecer
que ahí parará todo, exclama en nota lúgubre y auguradora: “ni
¿qué derecho tiene un hombre a ser feliz?”,¹²⁰ y sobreponiéndose
a esa caída, “las penas tienen eso de bueno: fortifican”¹²¹ y se
da cuenta ya, no se le oculta, “que en estos instantes se juega
la felicidad de toda mi existencia”¹²² y así se lo recalca angustia-
do a Viondi. Quiere ante todo —olvidando ofensas y momentos
de ofuscación—, que su mujer salga en seguida de Cuba para
reunírsele en New York, en “su presente y honda angustia”¹²³ y
le insiste: “jamás tan pavorosa pena hizo tan gran estrago en
mi agitada vida”,¹²⁴ pero, “¿a qué hablarle de mi amargura?”.¹²⁵
En esta carta a Viondi, escrita recién llegado a New York, Martí
expresa claramente su estado de ánimo y al mismo tiempo se ha
trazado llanamente su vida. Ha visto, medido, sufrido y pensado
lo que priva en su existencia. Su hogar será su angustia, pero

¹¹⁸ *Ibídem*, p. 51.

¹¹⁹ *Ídem*.

¹²⁰ *Ídem*.

¹²¹ *Ibídem*, p. 52.

¹²² *Ídem*.

¹²³ *Ídem*.

¹²⁴ *Ídem*.

¹²⁵ *Ibídem*, p. 53.

su causa pesa más. Sin quererlo lo obligaron a dar el salto de la separación y esto le sirve para escoger su vía, ahora, le resta sólo tener confianza, y la tiene: “en mi fortaleza y en mi voluntad espero”¹²⁶ y como sabe lo que esto representará se le sale la queja: “¡Ah, terrible deber!”¹²⁷ y es la primera vez que se le escucha este desahogo, ya que el deber fue algo como sagrado para él. De nuevo los dos polos: familia y patria; placer y dolor. Enseguida, inclinándose hacia la ternura, le recomienda a Viondi que le guarde un abrigo que le ha comprado y enviado a su hijo, en él, “gasto en salvas de amor mis últimos cartuchos”,¹²⁸ expresa bellamente.

Y pensando de nuevo y más en el deber escribirá a Mercado:

Creo que es una deserción en la vida, penable como la de un soldado en campaña, la de consagrar —por el propio provecho— sus fuerzas a algo menos grave que aquello de lo cual son capaces. Poseer algo no es más que el deber de emplearlo bien.¹²⁹

En New York, en la soledad del destierro, adquiere Martí verdaderas características de un alma de Dios, de esos desamparados seres de la *Misericordia* galdosiana, porque en realidad lo que él ha hecho es jugarse su felicidad a su deber: “Yo cumplo con mi deber. Dios me amparará. Aún no sé qué vá a hacer de mí: ¡qué no haré yo porque tengan ella y mi pequeñuelo, cuanto les sea necesario!”¹³⁰

Se siente como dejado de la mano de Dios pero no pierde su confianza, aquí es donde aparece el mejor Martí amoroso, aquí lo vemos en toda su plenitud. Es por este tiempo cuando le habla a Viondi de que tiene que limpiar “las venas obstruidas de mi corazón”.¹³¹ A su hermana Amelia le escribe: “sólo he de decirte que ando como piloto de mí mismo, haciendo frente a todos los vientos de la vida, y sacando a flote un noble y hermoso barco,

¹²⁶ Ídem.

¹²⁷ Ídem.

¹²⁸ *Ibíd.*, p. 54.

¹²⁹ José Martí: *Obras completas*, t. 68, p. 84.

¹³⁰ José Martí: *Epistolario*, t. 1, p. 56.

¹³¹ *Ibíd.*, p. 57.

tan trabajado ya de viajar, que va haciendo agua”¹³² que no es más que una transparente referencia a su caso personal.

El 13 de octubre de 1880 le escribe a Emilio Núñez una carta llena de aflicción y de un adivinar profético:

[...] yo, que no he de hacer acto de contricción ante el gobierno español; que veré salir de mi lado, sereno, a mi mujer y a mi hijo, camino de Cuba; que me echaré por tierras nuevas o me quedaré en ésta, abrigado el pecho en el girón último de la bandera de la honra.¹³³

Así, lo vemos ya dispuesto a quedarse solo con su honra —palabra obsesionante—, la más alta calidad del hombre. Así, en este año de 1880, vamos presenciando los antecedentes de lo que será la disgregación de su hogar y, al mismo tiempo, estamos acudiendo a la exaltación de su fe revolucionaria con su discurso de Steck Hall.

En espera de Carmen y su hijo, Martí se traslada a la casa de huéspedes de su compatriota Manuel Mantilla, muy enfermo ya, baldado, quien no puede afrontar el sostenimiento de su casa que lleva su mujer, Carmen Miyares, más conocida por todos como Carmita Mantilla. Allí se encuentran el cubano triste y solitario y Carmita llena de ternura y bondad. No pudiera decirse que es bella, aunque sí atractiva, simpática y dispuesta a toda lucha porque esta es en ella habitual. Martí es un afectivo y Carmita necesita también del amor. Ella mide en el acto su dimensión profunda y decide ayudarlo. Por fin, en casa de Mantilla, se le reúnen Carmen y Pepito. Ambos estarán dispuestos a hacer lo increíble por salvar la felicidad dañada de quejas y reproches. Indudable es que se quieren. Parece que podrá resurgir de nuevo, y muy fuerte, el amor del comienzo, pero aunque se amen no pueden comprenderse, son ya incompatibles. Mucho discuten y razonan. Cada quién tiene su concepto rígido de lo que es el deber, y ahí está el fallo. Carmen piensa que sobre todo está el hijo y el hogar; Pepe, que Cuba —y su lucha para liberarse— es lo primero. Ninguno cede. Y para colmo, Carmen está celosa.

¹³² *Ibíd.*, p. 63.

¹³³ *Ibíd.*, p. 69.

Imposible es mantenerse juntos si no hay identidad y comprensión, aunque haya amor. Perseveran en estar unidos, ya que no felices. Se trasladan para un pisito en Brooklyn, allí pretenden compenetrarse más, pero todo es inútil y ambos se dan cuenta.

Desde New York le escribe Martí a Mercado contándole de la llegada de la familia y de como van las cosas. Admirable es por su sinceridad y juicios:

Carmen y mi hijo están a mi lado. Carmen no comparte, con estos juicios del presente que no siempre alcanzan a lo futuro, mi devoción a mis tareas de hoy. Pero compensa estas pequeñas injusticias con su cariño siempre tierno y con una exquisita consagración a esta delicada criatura que nuestra buena fortuna nos dio por hijo. Apenas entre el verano, le enviaremos su retrato. No tiene esas prematureces portentosas que hacen las delicias de los padres vulgares. Sabrá sufrir, sabrá pensar y sabrá amar. Saber sufrir es lo que más importa —aunque se muera de esto. Tiene ojos profundos y frente ancha. Pero es, blando y sencillo, como a sus meses toca. Regaño a Carmen porque ha dejado de ser mi mujer por ser su madre. En cuanto a la mía, ella, como tantas otras cree que obro impulsado por ciegos entusiasmos o por novelescos apetitos; se me reprocha que haga en prosa lo que se me tenía por bello cuando lo decía en verso. Yo no entiendo estas diferencias entre las promesas de la imaginación y los actos del carácter. Hago tristemente, sin gozo ni esperanza alguna, lo que creo que es honrado en mí y útil para los demás que yo haga. Fuerzas quiero —que no premio, para acabar esta tarea. Sé de antemano que rara vez cobijan las ramas de un árbol la casa de aquel que lo siembra.¹³⁴

Es este el momento en que cree que, “amar sobre todo, confiar y desdeñar: esa es tal vez la verdadera vía de vida”.¹³⁵ Se ve aquí el predominio del verbo afectivo y la seguridad que ya le

¹³⁴ José Martí: *Obras completas*, t. 68, pp. 84-85.

¹³⁵ *Ibíd.*, p. 85.

da el de la confianza, el desdén es para los que no lo comprenden, para los que no logran llegar a su ideal.

Y de vez en vez, desde su soledad nórdica, se le salen en sus cartas pedazos del alma, le duelen —padece—, dudas e incomprendimientos: “estoy como roído, —del ansia de vivir en acuerdo conmigo mismo; y en desobediencia a los mandatos que llevo en el alma”.¹³⁶

Ahora sí pudiera escribir sus intimidades dolorosas:

Alguna vez he de decir en verso todas estas cosas, porque en verso están bien, y son verso ellas mismas. Ahora no —porque estoy lleno de penas, y todo iría empapado de lágrimas. Y yo tengo odio a las obras que entristecen y acobardan.¹³⁷

No se atreve a escribir —“ni a mi madre, ni a Ud.,— le cuenta a Mercado— ni para mí mismo, porque pensar en las penas quita fuerza para sufrirlas”.¹³⁸ Y decide entonces hacerle culto al silencio y ocultar en su casa los desfallecimientos, “guardando con sigilo, porque nadie los vea, los terrores del alma”.¹³⁹ Por suerte, a Mercado, amigo fraterno, testigo de su tragedia desde los comienzos, no le oculta nada, ni siquiera sus interioridades y minimeces.

En el invierno de ese mismo año Carmen regresa a Cuba con su hijo. A partir de este instante el epistolario de los esposos adquiere un tono rudo —¿dónde están estas cartas tan valiosas para un estudio a fondo del problema, para analizar caracteres? Se sabe que Martí acusa a Carmen de incompreensión, de orgullo, de abandono, de que le exige más de lo que él puede buenamente ofrecerle, a esto último ella le responde: “todos saben que ya sólo la ropa teníamos que empeñar para vivir, y tú no tenías donde trabajar...”.

Y comenta Gonzalo de Quesada y Miranda, de donde tomo la cita: “late en el final de su carta una sincera veta de sumisión,

¹³⁶ *Ibíd.*, p. 87.

¹³⁷ *Ibíd.*, p. 88.

¹³⁸ *Ídem.*

¹³⁹ *Ibíd.*, p. 93.

de amor de esposa y preocupación de madre, un evidente deseo de reconstruir el nido roto, allá en Brooklyn”.¹⁴⁰

Desde hoy espero tus órdenes para hacer cuanto me mandes. Créeme Pepe, yo no quiero sino que olvidemos el pasado, es necesario estar unidos por nuestro hijo; no se le da la vida a un ser sino vara sacrificarse por él. Dios te ponga pronto bueno, y haga tengas recursos para emprender tu viaje; acá rogamos mi hijo y yo porque seas feliz.¹⁴¹

Meses después de la separación, y al propio Mercado, felicitándolo en su nuevo cargo de Ministro de Gobernación de México le asegura: “Ud. será feliz y yo sé por qué. Ya yo no lo seré, porque al comenzar a rodar, se me quebró el eje de la vida”.¹⁴²

No quiere darse cuenta, no podrá en ese momento, que sin esa quebradura, rompimiento íntimo que tanto le afecta, no hubiera podido darse por entero a su obra apostólica. Y en diferente forma, otra vez repite semejante idea: “toda su casa de Ud. es almohada y yo vivo sin sueño ni descanso”,¹⁴³ y él mismo se encargará de aislar, en verso ahora, el resumen de su estado: “muero de soledad, de amor me muero”.¹⁴⁴

Libre de ataduras familiares, creyendo más útil su estancia en Venezuela, decide este viaje. No huye de New York, pues ha encontrado consuelo y cariño en Carmen Mantilla, en cuyo hogar vive como en propia familia. A comienzos de 1881 lo tenemos ya en Caracas. En cuanto logra cierta estabilidad y se imagina un porvenir estable, quiere que su mujer y su hijo se le reúnan, pero Carmen se niega y le responde:

[...] contraer nuevos compromisos para ir a buscar una miseria cierta no debe ser aceptado por mí ya que un fanatismo incomprensible te impulsa en un camino que tiene muchos abismos. Yo no quiero cerrar los ojos e

¹⁴⁰ Gonzalo de Quesada y Miranda: *Martí, hombre*, La Habana, 1940, 142.

¹⁴¹ Ídem.

¹⁴² José Martí: *Obras completas*, t. 68, p. 94.

¹⁴³ Íbidem, p. 95.

¹⁴⁴ Íbidem, p. 97.

ir adelante es necesario ir limpiando y no sembrando de espinas el camino que unos pies delicados han de recorrer.¹⁴⁵

Y todavía aquí sentimos la previsión de madre en su poco entendimiento del hombre, pero en otro párrafo lo llega a herir de manera cruel y para siempre insalvable: “Sacrificar a todos y cantar purezas lejos del contagio olvidando cuanto hay de sagrado en la tierra y más serio en la vida; ni es valor ni así se cumple con el deber”.¹⁴⁶

Imaginémonos por un momento lo que debe de haber sido esta carta para Martí, él, tan consciente de su deber, él, que todo lo ha sacrificado a lo que cree su único deber, que le echen de golpe en cara que no cumple con este, que es casi un farsante. Indecibles serán sus dolores, cruelísima la herida. Súmesele que de su madre oye también incomprensiones y regaños: “es deber del hombre mirar por los suyos, sin que esto te degrade en nada”,¹⁴⁷ y de nuevo su mujer:

Te estás matando por un ideal fantástico y estás descuidando sagrados deberes. Nunca se manchó ningún hombre por volver a su tierra esclava ante la necesidad urgentísima de vestir a su mujer y a su hijo.¹⁴⁸

¿Cómo responderá Martí?, ¿airado?, no, sino en carta genial, comprensiva, dolido hasta la médula en sus más vivos sentimientos; definiendo de nuevo su preferencia por su patria; cayendo del lado único de que ya podía caer:

No hay en mí una duda, un solo instante de vacilación. Amo a mi tierra intensamente. Si fuera dueño de mi fortuna, lo intentaría todo por su beneficio: lo intentaría todo. Mas, no soy dueño, y apago todo sol, y quiebro el ala a toda águila. Cuando te miro y me miro, y veo qué terribles penas ahogo, y qué vivas penas sufres, me das tristeza. Hoy, sobre el dolor de ver perdida para siempre

¹⁴⁵ Gonzalo de Quesada y Miranda: ob. cit., p. 158.

¹⁴⁶ Ídem.

¹⁴⁷ Ídem.

¹⁴⁸ Ídem.

la almohada en que pensé podría reclinar mi cabeza, tengo el dolor inmenso de amar con locura una tierra a la que no puedo yo volver. Me dices que vaya: si por morir al llegar, daría alegre la vida! No tengo pues que violentarme para ir: sino para no ir. Si no lo entiendes, está bien, sí ¿qué he de hacer yo? Qué no lo estimas, ya lo sé. Pero no he de cometer la injusticia de pedirte que estimes una grandeza meramente espiritual, secreta e improductiva.¹⁴⁹

Por motivos de dignidad también abandona Venezuela tras pocos meses de estancia. En agosto de 1881 lo tenemos de nuevo en New York. La terrible añoranza de su hijo lo obliga a componer los versos deliciosos de *Ismaelillo* que no publicará hasta el 82. Cuando inicia sus crónicas al diario *La Nación*, de Buenos Aires, en el invierno de 1882, regresan a su lado su mujer y su hijo. Dos años han estado sin verse, cuatro tiene ahora su hijo.

Más frío es este segundo encuentro en New York. Bien es verdad que Martí anda más desahogado y estable en materia económica, una de las preocupaciones de Carmen, bien es verdad que los dos siguen haciendo todo lo posible por mantenerse unidos. El amor parece que todavía existe, pero las incomprensiones y resentimientos antiguos mantienen su latencia. Carmen llega más humilde. Gran parte del día, inclusive la noche, se la pasa sola. Sufre. Se da cuenta que no ocupa ella sola el corazón del esposo y lo que más le duele —ella que se desvive por Pepito—, es que también este tiene que compartir el cariño de hijo con María Mantilla, la más joven de los hijos de Carmita. Y en los otros asuntos, en lo político, ya Pepe es un caso perdido, pues Cuba es su obsesión, su amor mayor, por ella sufre y como ha dicho más de una vez, por ella solo vive. Dos años acompañan a Martí, dos años conviven, sufriendo ambos, una por su orgullo y por su amor herido, el otro por hacer sufrir, dándose cuenta de que ya no hay arreglo, pensando y torturándose por lo que hubiera podido ser, por lo que él quería que fuera. Y un buen día, viéndolo “entrar de lleno en las contiendas políticas, de que ella quejándose por entender lo

¹⁴⁹ Ibídem, pp. 160-161.

alejaban del hogar, tienen fuertes y serios disgustos”¹⁵⁰ y Carmen y Pepito vuelven a partir para Cuba. Lo curioso es que ahora la separación lo afecta menos, ¿es que resultaba insostenible la situación creada para los esposos?, ¿habían llegado a tanto los disgustos?, ¿estaban hechos ya para no vivir juntos?, ¿es que quizás ambos lo esperaban y tenían la seguridad de que no podría dar resultado? Lo cierto es que Martí no deja en su correspondencia de este tiempo huellas de gran aflicción ni de serio desencanto. Queda sí, desde más atrás, y continúa siempre, la marca total de lo que siente su fracaso íntimo, el que su hogar se haya desintegrado, el que haya tenido que seguir la vida sin amor de esposa ni de hijo, el eje quebrado de que se lamentaba en carta a Mercado. Ahora le escribirá, “y ya vivo lentamente, y tengo miedo del cambio. Hasta ver si resurjo!”¹⁵¹ Y como le ha enviado su retrato le comenta: “Vea en mi retrato buena parte de lo que no le digo. Quise vivir delicadamente y tiernamente, y he muerto de ello”.¹⁵² Se ve que su estado anímico es el de un ser hondamente triste, pero resignado ya, madurado en su dolor, más comprensivo y sabio. Ahora sus crisis son más espaciadas y más pasajeras; ahora su consuelo es la Cuba que sufre y su hacer incansable, sin días y sin noches. De cómo se siente, solo a Mercado lo confiará:

¡Aunque me ahoga la savia, que no hallo modo de echar fuera! Y como a mí no me rinde pena alguna, aunque hinque en mí dobles hileras de dientes, —si no vivo mucho, como temo, no será por dolor de la tierra—, que yo llevo en mí mis gozos, y no los hay más dulces ni vivificantes que los del alma clara y satisfecha, sino de exceso de vida.¹⁵³

A pesar de sus penas, da la sensación de que ha ido superando todo sufrimiento, pesando su papel, justificándose. De ahí su alma “clara y satisfecha” a que se refiere, pudiéramos hasta

¹⁵⁰ R. García Martí: *Biografía familiar*, en M. Isidoro Méndez, *Martí, estudio crítico-biográfico*, La Habana, 1941, p. 223.

¹⁵¹ José Martí: *Obras completas*, t. 68, p. 103.

¹⁵² *Ibíd.*, p. 102.

¹⁵³ *Ibíd.*, pp. 103-104.

decir que se da la razón, pero inmediatamente nos anonada con esta confesión que nos duele tanto como a él, “y muchas cosas más le iba a decir, a pesar de la prisa; pero siento que se me hinchan los ojos”.¹⁵⁴ Ahora se nos humaniza, no es el temple heroico ni el mártir dichoso en sus penas, es simplemente el que ha sufrido mucho, y ante su amigo, ya no se puede contener, es el desbordamiento de su intimidad. Y así lo podemos ir viendo, en altibajos, confiado siempre, a ratos deshecho: “yo, que desde hace años recojo a cada mañana de tierra mis propios pedazos, para seguir viviendo”,¹⁵⁵ y por esto asimismo nos dirá de su “alma rota”.¹⁵⁶

Y como va dando a Mercado cuenta de su vida toda, así le resume su cuadro familiar: “Carmen buena: mi hijo, una copa de nácar: mis padres en La Habana: y yo, de tal manera en mi interior, que sólo a Ud. podría decírselo”.¹⁵⁷

Ahora anda Martí a rastras con sus penas y su Cuba. “Déjeme que le calle mis tristezas”,¹⁵⁸ le pide a su amigo, para en seguida confiarle sus temores: “tengo miedo de salir de la vida sin haber tenido ocasión de cumplir mi deber”.¹⁵⁹

Habíamos presenciado el triunfo del deber, ahora es obsesión el no poder cumplirlo. Sus desfallecimientos mayores, a partir de este instante, son en torno a esto. No importa si alguna vez, de tarde en tarde, y bellísimamente, le brote incontenible su emoción:

Ahora vivo solo, porque Carmen y el niño están por unos meses en Cuba, en una casa pacífica, donde tal vez halle reposo para contarle a la larga las cosas que me han ido sucediendo. Tristes son, y de la mayor tristeza: pero en mí no caben, mientras me quede átomo de vida, flojedad ni abatimiento. Llevo al costado izquierdo una rosa de fuego, que me quema, pero con ella vivo y

¹⁵⁴ *Ibíd.*, p. 104.

¹⁵⁵ *Ibíd.*, p. 107.

¹⁵⁶ *Ídem.*

¹⁵⁷ *Ibíd.*, p. 113.

¹⁵⁸ *Ibíd.*, p. 114.

¹⁵⁹ *Ídem.*

trabajo, en espera de que alguna labor heroica, o por lo menos difícil, me redima.¹⁶⁰

Su dolor irá creciendo. Un día califica su vida de “desierto agrio”,¹⁶¹ otro se dice “martirizado y ofendido”,¹⁶² el siguiente se refiere a la “inactividad y la tristeza que me comen”¹⁶³ y magistralmente se enseña todo, se desnuda, porque ante la sinceridad y la verdad no puede haber pudor:

[...] y luego, ¡si Ud. me viera el alma! ¡si Ud. me viera cómo me ha quedado de coceada y de desmenuzada, en mi choque incesante con las gentes, que en esta tierra se endurecen y corrompen, de modo que todo pudor y entereza, como que ya no lo tienen, les parecen un crimen! A Ud. puedo decírselo, que me cree; muchas penas tengo en mi vida, muchas, tantas que ya para mí no hay posibilidad de cura completa; pero esta pena es la que acentúa las demás, y la mayor de todas. Ya estoy, mire que así me siento, como una cierva acorralada por los cazadores en el último hueco de la caverna. Si no caen sobre mi alma algún gran quehacer que me la ocupe y redima, y alguna gran lluvia de amor, yo que veo por dentro, y sé que muero.¹⁶⁴

Y qué angustia la suya cuando escribe a Mercado: “Deme un estribo para echar a andar otra vez sobre la vida: porque el que nació conmigo, me lo han comido”.¹⁶⁵

En esta época se expresa del “terror de alma” en que vive, y es más doloroso y gráfico cuando escribe de su “alma entera en náusea”¹⁶⁶ que es acierto expresivo, y asco total y absoluto, y desengaño, que más ampliamente expone al insistir sobre este estado:

[...] vivo como acorralado y apaleado, y la brutalidad, deshonestidad y sordidez que veo a mi alrededor de

¹⁶⁰ *Ibíd.*, p. 115.

¹⁶¹ *Ibíd.*, p. 116.

¹⁶² *Ibíd.*, p. 118.

¹⁶³ *Ibíd.*, p. 120.

¹⁶⁴ *Ibíd.*, pp. 121-122.

¹⁶⁵ *Ibíd.*, p. 124.

¹⁶⁶ *Ibíd.*, p. 126.

que tengo que ser instrumento me imponen, —creo que ya se lo he dicho a Ud. porque es verdad—, como una cierva, despedazada por las mordidas de los perros, que se refugia para morir en el último tronco. Saco de mí sin cansarme una energía salvaje; pero noto que estoy llegando ya al fondo de mis entrañas. O tengo un poco de respiro para rehacérmelas, a que me las coman de nuevo, o aquí se acaban. Yo por nada me abato; pero siento que los puntales se me van cayendo.¹⁶⁷

Insufrible se le hace asimismo la ciudad de New York, “la copa de Veneno” como la llama. Nos describe su vida allí y nos cuenta como siente un fuego de adentro “que me quema, como un fuego de fiebre, ávido y seco. Es la muerte a retazos”.¹⁶⁸ Y sin embargo, se da cuenta de que ya padece “menos de este horror de espíritu: ¡qué riendas he necesitado tener para sujetar la mente a frenos! ¡El día que yo escriba este poema!”.¹⁶⁹ Y él mismo se sienta tan distinto, tan bueno, en comparación con los otros, que se llama “rosa de ternura”.¹⁷⁰

Tiene 35 años solamente cuando escribe este párrafo tan lleno de nostalgia y pesadumbre:

No sé si es la madurez que viene o la poesía que se va; pero cuando todos me alaban la viveza y frescura, siento en mí como que se me mueren las flores, y con la poca imaginación que me queda, me parece verme el cerebro cubierto de alas caídas, acaso porque a mi alrededor se están ahora quedando sin hojas los árboles. Y fío en que la visita de mi madre hará renacer las mariposas.¹⁷¹

Y en este otro reafirma su pureza de alma y la tranquilidad de su conciencia:

Me pasa con mi alma, de cuya limpieza estoy seguro, lo que ha de pasar a la luz en los cementerios. Si fuera

¹⁶⁷ *Ibíd.*, pp. 127-128.

¹⁶⁸ *Ibíd.*, pp. 131-132.

¹⁶⁹ *Ibíd.*, p. 132.

¹⁷⁰ *Ibíd.*, p. 133.

¹⁷¹ *Ibíd.*, p. 174.

verdad la hermosura de la mitología, y un hombre pudiera convertirse en árbol o en flor, yo quedaría ahora mismo convertido en sauce.¹⁷²

Y la más amarga: Vine al mundo para ser vaso de amargura. Que no rebosará jamás, ni enseñará sus entrañas, ni afeará el dolor quejándose de él, ni afligirá a los demás con su pena.¹⁷³

Aquí está lo que pudiéramos llamar su credo y como él mismo se ve y se pinta. No quiere de manera alguna que todos le vean la queja, y no su templanza, son estos solo suspiros, desahogaderos de un alma que funciona a todo fuego:

No vaya a creerme jeremías, ni rendido —dice a su confidente Mercado—, pero la pena acumulada suele llegar a tanto que me siento echado por tierra, como he visto echar en los mataderos a los toros. Ni en prosa ni en verso lo digo, porque no se ha de escribir, sino lo que puede fortalecer. Pero son desmayos largos y mortales. A Ud. se los puedo decir. Perdí, no por mi culpa, la llave de la vida; y los quehaceres nimios en que ocupó lo que me queda de ella no son bastantes a satisfacer el alma hambrienta. Me voy acabando, de hambre de ternura.¹⁷⁴

Esa “hambre de ternura” es la que le hace decir, sintiéndolo, “es enfermedad en mí ese anhelar que me quieran”¹⁷⁵ y otra vez, “¿me regañará por esta flaqueza, ya que tal vez la única cierta de mi vida sea la de anhelar que me tengan afecto?”¹⁷⁶

Varios años han pasado sin que pueda ver a su mujer y a su hijo. Hacia el 89 es verdadera ansia. Larga ha sido la separación, largo ha sido el castigo, mucha ha sido su pena. Tenazmente vuelve a nombrarnos a su familia, a Pepito, a Carmen, a su hogar:

Con el ansia de que venga mi hijo, que Carmen retiene en Cuba ya más de lo justo, deseosa acaso de obligarme a imponerle su vuelta a New York, que es cosa que

¹⁷² *Ibíd.*, p. 181.

¹⁷³ *Ibíd.*, p. 185.

¹⁷⁴ *Ibíd.*, pp. 188-189.

¹⁷⁵ *Ibíd.*, p. 189.

¹⁷⁶ José Martí: *Obras completas*, t. 69, p. 13.

yo dejo a su voluntad, y que no puedo imponerle en justicia. Vivo con el corazón clavado de puñales desde hace muchos años. Hay veces en que me parece que no puedo levantarme de la pena.¹⁷⁷

Y a Mercado le insiste: “vea que no me quejo; pero me falta todo lo necesario para vivir”.¹⁷⁸ Aunque sienta desfallecimiento, aunque se los atribuyan a su cuerpo, que hace tiempo no le responde como él quisiera, sabe bien de la naturaleza de su mal, por eso comenta con Mercado:

A Ud. le contaría yo, seguro de que no se reiría de mí, las morideras que me tienen tan silencioso, y suelen parar, como este mes, en enfermedad, que un médico cura con píldoras, y otro con purgas, como si de la soledad del alma, de la plétora de la vida, de la inactividad forzosa, de la vergüenza y pesadumbre del empleo fútil, pudieran curar a un hombre sincero mixturas y dracmas.¹⁷⁹

Pero el tema de su fracaso conyugal no se apartará de su mente: “cabe errar en el matrimonio; pero sin su amor y decoro no hay dicha completa”.¹⁸⁰

Así, sencilla y llanamente define, felicitando a Gutiérrez Nájera por su boda, toda su tragedia. Y como no le gusta insistir en sufrimientos, de pasada nos va diciendo mucho, y lo más importante, cómo reacciona: “yo no hablo de mis penas personales, porque aunque me han dado la puñalada de muerte, no pienso en ellas. Las callo, y me comen; pero no llegan hasta mi juicio”.¹⁸¹

Mucho tiempo han tardado Carmen y el hijo en reunírsele de nuevo, siempre en New York. Estamos en el 1891, y a petición de Martí, regresan a lo que será el último y fatal ensayo para rehacer sus vidas. Pepito ya tiene doce años y muestra algún recelo hacia su padre que tiene una marcada inclinación por María. De otro lado ninguno de los cónyuges varía. La incom-

¹⁷⁷ *Ibíd.*, p. 16.

¹⁷⁸ *Ibíd.*, p. 24.

¹⁷⁹ *Ibíd.*, p. 32.

¹⁸⁰ *Ibíd.*, p. 35.

¹⁸¹ *Ibíd.*, p. 41.

presión predomina y ahoga hasta el cariño. Muy breve será la estancia, ácida. Carmen quiere regresar cuanto antes y como necesita el permiso de su marido, y este no quiere dárselo, acude nada menos que a Enrique Trujillo —con quien ha tenido Martí rozamientos—, para pedirle ayuda y dejar el hogar. Entre Trujillo y la familia de Carmen logran su salida, su escapada, con pasaporte español y con protección de las autoridades españolas. La ira se apodera de Martí. Su biógrafo Gonzalo de Quesada y Miranda, describe así el momento:

[...] se pasea como loco, por su estrecho cuarto. Cae enfermo, mientras exclama, ahogando lágrimas de cólera y dolor: —“Y pensar que sacrifiqué a la pobrecita, a María [La Niña de Guatemala] por Carmen, que ha subido las escaleras del Consulado español para pedir protección de mí”¹⁸²

Pronto se recobra, supera su dolor, aunque le sea de imposible olvido. Ahora ya será indetenible, viva fuerza en la lucha por su patria, con quien se queda a solas. Será esta la última vez que vea a sus seres queridos por encima de todo, con cariño de alma. El 11 de febrero de 1892, muy reciente aun la partida dolorosa, a Mercado escribe:

Mi hermano muy querido:

¡Cómo estará mi alma de tristeza, y cuánto esfuerzo me costará escribir esta carta, lo ve Ud. bien, por ese libro mío, que está impreso desde el mismo mes en que mi hijo me dejó solo, en que para encubrir culpas ajenas se me llevaron a mi hijo: y no he tenido en estos seis meses corazón para mover la pluma. Ni cuerpo.¹⁸³

Y un poco antes, a Fernando Figueredo ha enviado otra en que, tras envidiarle la felicidad de su hogar “con unos celos que Ud. no puede entender, hasta que no sepa más de mí”, le plantea lo que ha sido su angustia y su tragedia, y le resume lo que ha sido su tristeza y es ahora el núcleo de nuestro trabajo:

Todo, Figueredo, se lo he dado a mi patria, hasta la paz de mi casa. Todo va bien en este carro mío, menos el

¹⁸² Gonzalo de Quesada y Miranda: ob. cit., p. 211.

¹⁸³ José Martí: *Obras completas*, t. 69, pp. 46-47.

eje, que va roto. Entre la frivolidad satisfecha y el desierto austero, hubo que elegir, y me costó la ventura de mi vida: y aquel brío soberbio que a Ud. le viene de su felicidad, a mí sólo me puede venir del deber triste...¹⁸⁴

Triunfo del deber, total, absoluto, pero, cuánta pena acumula el adjetivo triste que acompaña a la palabra clave. Místico del deber, le llama certeramente Lizaso en el subtítulo de su biografía. Toda su vida está regida por este vocablo, y él, en este momento de soledad y dolor lo califica de triste y recuenta cuánto le ha costado.

Lo único que le queda ahora es su lucha, su patria, su hora. Sobre esto también le escribirá a Mercado: “alguna vez le he escrito que cuando no tengo fuerzas para mí, las tengo para mi patria. Cesa en gran parte esta agitación, aunque no cesa la pena que me mata”.¹⁸⁵

El 25 de marzo de 1895 le escribe Martí su breve y antológica carta a su madre, apretada de verdad, bondad, abnegación, consuelo y predestinación. De esta es su frase: “el deber de un hombre está allí donde es más útil”. Y más todavía en las vísperas de su “largo viaje”, le envía otra a su hijo, llena de imponente sobriedad, maciza y prodigiosa:

Hijo:

Esta noche salgo para Cuba: salgo sin ti, cuando deberías estar a mi lado. Al salir, pienso en ti. Si desaparezco en el camino, recibirás con esta carta la leontina que usó en vida tu padre. Adiós. Sé justo.

Tu

José Martí¹⁸⁶

Después de esto, con la llegada a Cuba, comienza su verdadera y breve felicidad. Tanto habla de luz que parece ilumina-

¹⁸⁴ José Martí: *Epistolario*, t. 2, p. 21.

¹⁸⁵ José Martí: *Obras completas*, t. 69, p. 47.

¹⁸⁶ *Ibíd.*, p. 76.

do: “sólo la luz es comparable a mi felicidad”,¹⁸⁷ escribe desde Baracoa. “Ya entró en mi la luz”,¹⁸⁸ le cuenta a Estrada Palma.

Y como no es mi idea terminar con su muerte, lo dejaré en este instante, en su alegría plena, “en la dicha de este campo libre” como saluda a Luis Rivera¹⁸⁹.

¹⁸⁷ José Martí: *Epistolario*, t. 3, p. 210.

¹⁸⁸ *Ibíd.*, p. 211.

¹⁸⁹ *Ibíd.*, p. 238.